

El porvenir de la pintura figurativa

Escribe: ALVARO SANCHEZ

Poco tiempo habrá corrido desde la fecha en que el benévolo director de este Boletín se dignó publicarme algunas páginas para rectificar el discurso pronunciado por un afamado publicista, el mismo día en que le fue entregado el diploma de miembro correspondiente de la Academia Colombiana; anunciaba en él la decadencia del libro, y, acaso su desaparición causada por los innegables progresos de la radio, de las grabadoras y tocadiscos y de otras variedades de mecanismos que harían inútiles las artes de la lectura y de la escritura. ¿Para qué fatigarse aprendiendo a leer y a escribir cuando era tan fácil dictar la carta o los párrafos de la obra en preparación al dictáfono, y luego grabadas ya en disco oírlas, y de ser necesario hacerlas conocer del público?

Habría, decía el publicista, pocas personas que supiesen leer; las que tal arte poseyeran prestarían sus servicios por algunos centavos a acaudalados caballeros, y así ganarían la vida; más aún, habría oficinas a las cuales se pudiese llamar para hallar un buen lector y pedirle el servicio necesitado. Mi modesto artículo sostenía la tesis contraria: la supervivencia del li-

bro. Tuvo éxito, y conservo con agradecimiento una carta que me escribieron de Antioquia felicitándome por mi acertado juicio. Esta fortuna me ha animado a escribir una nota análoga en defensa de la pintura figurativa.

Dos o tres meses habrán pasado desde la tarde en que oí de los labios de un insigne letrado, renombrado cultivador como crítico de las bellas artes, una opinión, a mi parecer, poco exacta. Decía el versado conocedor del arte —en su intervención oratoria— que la pintura figurativa llamada estaba a desaparecer sustituida por la fotografía. ¿A qué emplear largos años en el aprendizaje de un arte tan difícil como el de pintar retratos, cuando con una buena kodak se podían obtener retratos de insuperable parecido y en colores naturales? La técnica de la fotografía ha llegado a sorprendentes resultados, es preciso confesarlo. La pintura abstracta es el único campo que ofrece al artista insospechado porvenir. No obstante mi incompetencia me atrevo a aseverar que hay aún tres géneros de pintura que la fotografía no podrá sustituir, a saber: el retrato, el religioso y el histórico.

En los palacios de los gobernantes, en las casas episcopales y en otros cien lugares más, es costumbre formar la galería de los personajes que por allí han pasado. Pocos días ha leí en la prensa que entre los homenajes que irían a rendirse a la memoria del ilustre hombre público Laureano Gómez, estaba decretado el colocar en el Senado de la República un retrato suyo pintado al óleo. Es evidente que en el Palacio Legislativo, y de un notable parlamentario, no se puede colocar una foto en colores así fuese de tamaño heroico; sería muy pobre homenaje, mezquino tributo, indigno del personaje y del lugar. En el Senado, y en honor de un varón de la talla de Laureano Gómez, solo cabe un óleo de algún afamado maestro: de haber en Colombia un excelente retratista a él debería pedírselo; de no, sería necesario buscarlo en España o en el Ecuador o donde lo hubiese. Y la razón es muy clara y comprensible: la foto es una obra mecánica, da del personaje retratado los rasgos fisonómicos fidelísimos; el retrato al óleo debe ser (perdónese-me la expresión) una pintura psicológica. Cuando de la generación que conoció a Laureano Gómez no quede nadie y los nuevos parlamentarios se detengan a admirar el retrato del varón cuya fama persiste, dirán, al observar los enérgicos rasgos, la actitud serena y valiente del retrato: su fama es merecida; este debió ser un orador elocuente, un hombre integérrimo. De ordinario se cree que el buen retrato es el fiel parecido; cuando si bien se piensa el parecido es un detalle transeúnte que nada significa; lo que vale es el toque del pincel que copió un alma.

No se si el poeta Guillermo Valencia conoció personalmente al

pontífice León XIII, pero de seguro sí admiró el magnífico lienzo de la Galería Vaticana, y a cualquier visitante le vienen a los labios los versos del poeta:

*...Es flaco y débil:
su figura finge
lo espiritual; su cuerpo es una
rama
donde canta su espíritu de Esfinge;
y su sangre la llama
que los miembros cansados
transparenta;
de la nariz el lóbulo movable
aspira lo invisible,
son sus patricias manos una garra
febril y amarillenta;
¡es de los griegos la gentil cigarra
que con mirar el éter se alimenta!*

Una fotografía no hubiese inspirado esos versos: la tela que los inspiró era un retrato psicológico, el artista que lo pintó puso bajo sus colores un alma.

Cuatro siglos han pasado desde el día en que la diestra de Carlos V empuñó el cetro del imperio universal: Ticiano lo pintó en la plenitud de su varonía cuando, recia-mente ajustada la metálica armadura, lanza en mano, se aprestaba a desafiar a su contendor; y también lo retrató quebrantado ya, iniciada la senectud, calzado un recio guante, listo para vestir el otro en la desnuda mano y defender las dos del frío, sentado en una silla frai-lera, aún tiene el rostro rasgos de entereza imperial: ¿quién dirá en cuál de los dos está más parecido? El parecido es un pormenor de mérito intrascendente: el armado monarca de la batalla de Mühlberg y el ya casi anciano fatigado de la vida lo tienen —joven y viejo— armado para la guerra, y vecido a la vejez; en entrambos cuadros el genial artista acertó a hacer visible

el carácter del emperador y rey, creador de unos dominios vastos como la espera que sustenta a los hombres, y padre de un mozo que heredó sus coronas y el recio temple de su espíritu.

En el Museo Pitti de Florencia hay una galería de autorretratos; si a un afamado maestro de los pinceles le pidiesen el suyo, y fuese él también perito en la fotografía, ¿creería corresponder a la honrosa solicitud enviando una autofoto? ¿Se la recibirían los florentinos? Al artista le daría vergüenza enviar una foto en vez de un óleo, y los artistas de Florencia la rehusarían airados pues tomarían este sustituto como un menosprecio.

Creo que mis palabras han demostrado que la fotografía sirve para colocarla en la sala de la casa, y es un cariñoso recuerdo familiar, pero no es una obra de arte ni sustituye a la pintura.

Veamos si las fotografías hallan mejor acogida en el arte religioso.

Don Juan Eugenio de Artzembusch tiene entre sus *Fábulas* una que me servirá para el caso. Cuenta que en un pueblecito había una devotísima anciana...

"Excelente mujer era la tía Sebastiana Bolaños"...

oraba delante de todas las imágenes que se veneraban en la iglesia de la aldea, menos ante la estatua de San Miguel. El párroco hubo de preguntarle la causa de tan extraña manía. La anciana había visto tallar al escultor la imagen, en el tronco de un viejo cerezo... y respondió al cura:

"Yo que lo conocí verde cerezo paso delante de él, y no le rezo".

He aquí que el cura de una pobre feligresía necesitó mandar hacer el cuadro de la patrona del lugar, la Inmaculada Concepción. En su próxima venida a Bogotá acudió a casa de un mediano artista y le manifestó el objeto de su llegada; el artista pensó que el pueblecito cuyo pastor pedía el cuadro, no podría pagarle una obra al óleo (tan pobre era) y resolvió salir del paso haciéndole una fotografía en colores.

—¿Hay en el pueblo una niña, de unos 14 años, bien bonita?

—Sí señor. María Antonia se llama.

—Tráigamela cuando vuelva a Bogotá.

El párroco trajo a la chica, que realmente era muy agraciada. El artista la vistió de Inmaculada: un rosario entre las manos juntas, un cinto azul ciñéndole el talle, y dos rosas encarnadas sobre los pies relativamente bien cuidados —pues descalza no la tenían— y para traerla la asearon más. La retrató; le quitó el vestido de Inmaculada, y dijo al párroco que a su regreso le tendría el cuadro. Ajustaron el precio, y el párroco y la niña se marcharon.

Cuando el sacerdote regresó le tenía una preciosa fotografía en colores muy bien enmarcada.

El párroco la observó fijamente y dijo al artista:

—Yo quiero un cuadro de la Inmaculada. Este es el retrato de la María Antonia, la mocosuela que vino conmigo, vestida de Inmaculada. La gente va a decir:

"A María Antonia, la mocosuela, no le encenderemos ni una vela".

—Padre —le respondió el artista— la pintura religiosa se acabará, será sustituida por la fotografía, es más económica y se obtienen imágenes más bonitas.

—Yo quiero un cuadro al óleo aun cuando me resulte más caro, quiero la imagen de la Inmaculada y no el retrato de una niña.

Así como al hablar del retrato dijimos que el parecido era un detalle secundario y pasajero, así al tratar de la pintura religiosa, el común de las gentes habla de lo *lindo* del cuadro cuando tiene rasgos cercanos a los cánones de la belleza: eso no es lo importante en el arte religioso sino que la imagen mueva a devoción aun cuando no sea un dechado de hermosura.

Conozco dos cuadros (en reproducciones muy fieles) que tratan temas análogos: el uno, el paso de la flagelación; el otro, el de la coronación de espinas; el primero es de Velázquez; la tortura ha concluido, Cristo —las manos aún atadas a la columna flagelatoria— está por tierra, rodeado de flexibles varas y manojos de cuerdas, especie de látigos brutales; un niño afligido y un ángel de la guarda contemplan la doliente escena. La selección de las reproducciones fue hecha por F. J. Sánchez Cantón; el libro tiene una introducción y textos intercalados escritos por José Ortega y Gasset, trae al pie de la escena de los azotes las siguientes palabras: "El Salvador cae compadecido por un niño que representa el alma amante, acompañado por un ángel guardián". De todas las obras religiosas de Velázquez, este cuadro no tiene rival por su concepción y su fervor. No se alaba la anatomía del cuerpo virginal, casi académica, ni el movi-

miento de la carne atormentada, sino el fervor: he aquí lo que se pide a la pintura religiosa, que eleve el espíritu a las regiones superiores de la devoción y la piedad.

El otro cuadro lo reproduce la casa B. Arthaud de Grenoble y su autor es Georges Desvalieres. Representa a Cristo, rodeada la cabeza con un capacete de abrojos; hay sangre abundante; la actitud de las manos que parecen abrirle el pecho declaran que fue el amor a sus pecadoras criaturas lo que lo llevó a dejarse diademar la cabeza con desgarradora corona. El cuadro no es lindo, pero es verdaderamente religioso, dice lo que está llamado a proclamar, la inenarrable caridad de Jesucristo.

La pintura religiosa no puede desaparecer sustituida por la fotografía; el lente del aparato fotográfico podrá hacer cuadros *lindos*, pero solo el pincel manejado por un espíritu cristiano diseñará el lienzo que conmueve el alma.

Digamos brevemente algo sobre la pintura histórica (pues esto va un poco largo) he visto, si no en la tela auténtica, al menos en una buena reproducción el cuadro de Boissard de Boisdénier existente en el Museo de Ruan. Representa un episodio de la campaña de Rusia: dos veteranos ateridos de frío; el uno sostiene al otro ya casi moribundo; ambos sostenidos por la rueda de un cañón deshecho. En la pintura histórica no se pide la psicología del varón representado como en el retrato; ni como en la religiosa, que el lienzo despierte la devoción; en la histórica se pide el sentimiento del artista ante la escena representada. ¿Qué experimentaría Boissard de Boisdénier

al recordar el desastre de la Gran Armada, comienzo del vencimiento definitivo de Napoleón, el invencible guerrero del siglo?

Eso no lo puede hacer la fotografía. Veo muy bien que no resurgirá la pintura histórica, no vencida por la fotografía, sino porque acaso los museos no la soliciten, ni haya Messoniers que pinten en miniatura gigantescos episodios de armas para salones de gentes acaudaladas. Pero, ¿por qué no fantasear que un patriota boyacense quiera legar a la gobernación de su departamento un cuadro de la batalla de Boyacá? Lo primero que estudiará el artista a quien se haya confiado el trabajo será, ¿qué momento del encuentro heroico será representado? ¿Será un grupo de jefes disponiendo los cuadros de los guerreros? ¿Será preferible la captura de Barreiro? O, acaso, ¿la euforia de los triunfadores?

Así como en el retrato se pide al artista la psicología del personaje retratado, y en el religioso la elevación mística del santo, en el cuadro histórico dará el artista su personal estado psicológico que el momento histórico que va a pintar le inspire.

Los otros géneros, los bodegones, los cuadros de naturaleza muerta, el paisaje, bien puede hacerlos la fotografía, el arte abstracto, el superrealismo o el estilo que mejor sienta el artista. Al llegar a este punto me ha venido a las mientes una anécdota muy al caso.

Un señor, algo dominado por el alcohol, daba desacompasadas voces en alguna calle medio solitaria, y ya avanzada la hora.

Acertó a pasar un taxi, y al verlo el semiebrio gritó:

—¡Libre!

El taxista, creyendo que el borrachito preguntaba por el vehículo:

—Sí, señor, libre.

Y el dominado por los tragos, en voz fuerte, replicó:

—¡Entonces, viva la libertad!

El artista en tratándose de su arte debe decir también: ¡Viva la libertad!

Acaso estas cuartillas que he escrito sean una serie de tonterías, yo también diré: ¡Viva la libertad! Y bien pudiera suceder que suscitasen el ingenio de un verdadero crítico de arte y lo llevasen a hacer geniales observaciones, que moviesen a los artistas jóvenes en formación, a crear un estilo de arte propio, que diera a la pintura colombiana retratistas más admirables acaso que Velásquez, maestros religiosos superiores a Zurbarán y al Greco, pintores de inmaculadas tan inspirados como Murillo y pinceles de historia mejores que Boisdénier y los pintores de batallas de la galería de Versalles.

Que el arte vaya adelante en técnica y en inspiración es el único anhelo que me hizo redactar estas líneas.